

DOSSIER

**Orlando, el internauta que quería ser gay.
Apuntes autobiográficos de un sociólogo
que hace entrevistas**

Orlando, the internaut who wanted to be gay.

Autobiographical notes of a sociologist who does interviews

Ernesto Meccia

ernesto.meccia@gmail.com

Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de Buenos Aires
Buenos Aires – Argentina

REVISIÓN LITERARIA

Colectivo Editorial Revista Etcétera



Resumen

El autor rememora el vínculo que lo unió a una persona que entrevistó para sus investigaciones a lo largo de los años. El texto comienza con el anuncio de su fallecimiento. A medida que avanza en la rememoración, reflexiona sobre varias cuestiones. Primero: de qué maneras sus biografías específicamente gays fueron entrelazándose desde la década del noventa hasta la actualidad. Segundo: sobre el oficio de realizar entrevistas en profundidad y trabajo de campo en contextos conversacionales y espaciales específicos. Tercero: acerca la implicación de los afectos en la práctica de la investigación social. Cuarto: respecto de la salida del armario de gays adultos mayores. En términos más generales, el texto muestra el poder de la escritura y la conversación para resignificar aspectos problemáticos de la biografía del entrevistado tanto como de la del entrevistador.

Palabras clave

Autobiografía, etnohistoria, entrevista en profundidad, vejez gay, salida del armario

Abstract

The author recalls the bond that united him to a person he interviewed for his research over the years. The text begins with the announcement of his death. As he goes on in the remembrance, he reflects on several questions. First, the ways in which their specifically gay biographies were intertwined from the 1990s to the present. Second, about the craft of conducting in-depth interviews and fieldwork in specific conversational and spatial contexts. Third, about the implication of affect in the practice of social research. Fourth, about the coming out of the closet of older gay adults. More generally, the text shows the power of writing and conversation to re-signify problematic aspects of the interviewee's biography as well as that of the interviewer.

Key words

Autobiography, autoethnography, in-depth interview, gay aging, coming out of the closet

Orlando, el internauta que quería ser gay.

Apuntes autobiográficos de un sociólogo que hace entrevistas

ERNESTO MECCIA

Menos mal que leí a tiempo.¹ Suelo no leer enseguida los mensajes que llegan a través del messenger de Facebook.

- Estimado profesor: somos Joaquín, Mercedes y Gabriela, hijos de Orlando Parisi. Sabemos que eran amigos. Lamentamos informarle que papá falleció hace unas horas debido a una súbita crisis cardíaca. Estamos avisando a los familiares y a los amigos y haciendo trámites. Más tarde vamos a informar donde haremos la despedida, por si usted quisiera acercarse.

Les pasé mi número de Whatsapp y me quedé mirando la pantalla, tildado. Habíamos cenado en la esquina de casa hacía más o menos un mes. Se lo veía espléndido. Nadie le hubiera dado 81 años recién cumplidos: la cabellera blanca intacta, el andar más lento que cuando nos conocimos, pero la postura igual de erguida y, sobre todo, la mirada pícaro y los labios a medio sonreír, siempre buscando un interlocutor listo para evocar a los muchachos lácteos de los

¹ Andrea Lacombe (Universidad Nacional de Córdoba) me expresó que este escrito es una “autoetnografía”. En cambio, Camila Newton (Universidad Nacional de José C. Paz) y Santiago Rodríguez Durán (Universidad de Buenos Aires) dijeron que es un relato “autobiográfico”. Les agradezco por la calidez de nuestras conversaciones. Yo quise rendir un tributo a Orlando y a nuestra relación nacida en los años noventa. A tal efecto no tenía más que mi memoria. A veces pienso a qué género pertenece, aunque deseo adelantar que me parecería desafortunado decir que es un escrito de “noficción”. No seré yo quien se ataje los penales de los tribunales que valoran la verdad de mi narración y no la narración de mi verdad.

suburbios, que se habían criado jugando a la pelota en el potrero. Tomé los recaudos necesarios y expresé con discreción mi honda gratitud hacia el papá. No sé si lo logré:

- Hola Joaquín, Mercedes y Gabriela: no puedo creer esta noticia. Lo lamento mucho y los acompaño con todo mi sentimiento. No caigo. Cuánto lo voy a extrañar. Tuvimos una hermosa relación. Lo único que se me ocurre decir es que vuestro papá era una gran persona. Quiero estar un momento con ustedes, por favor.

- Gracias, Ernesto. Sabíamos que eran muy amigos.

Llegaron los datos del velatorio. Contesté de inmediato manifestando que nos veríamos temprano, al día siguiente. Fui a la cama con el celular, empecé a buscar chats, fotos nuestras en el sauna, capturas de pantalla de futbolistas transpirados, de chongos peludos con cascos de obras en construcción, links de películas argentinas viejas o de los últimos reportajes a alguna actriz de la época, pero el impulso se detenía. Era infructuoso. El celular no jerarquiza la información, la amontona. Orlando no podía estar ahí. Entonces levanté la cabeza y miré la pared. Quedé tildado, otra vez. Fue la condición para que empezara a dar vueltas la calesita de los recuerdos.

A la mañana me vestí de negro y tomé un Uber rumbo al velatorio. No sé qué habrá pensado el chofer (antebrazos de considerable volumen) porque sin mediar ningún calce empecé un monólogo: le conté que la casa velatoria a la que nos dirigíamos era buena y que los dueños debían tener algún convenio con la obra social de la Universidad de Buenos Aires, ya que era la enésima vez que iba allí. Estaba comprobado: era la preferida por los familiares de mis colegas. Le pregunté si conocía el lugar. No me había puesto los audífonos antes de subir al auto, pero creo que no me contestó.

Otra calesita estaba dando vueltas. Ahora traía las imágenes de algunos profesores que conocí en las aulas y de los que me despedí en ese lugar, y llegué a preguntarme si también ahí se haría lo mío. Tendría que expresarle esa voluntad a mi hermano mayor Darío o a Mario. No quiero de ninguna manera que la ceremo-

nia del adiós se realice en mi comarca natal. Esa gente no tiene derecho. Son cuestiones por las que tendría que empezar a moverme, me dije.

Llegamos. Creo que antes de bajar el Uber (fijador en el cabello, anteojos semioscuros, acento venezolano) se dio vuelta y me dijo unas palabras de circunstancia. Lo miré, las leí en sus labios. Me puse los audífonos. Subí al primer piso por una escalera conocida. Joaquín (bello como el papá, algo menor que yo) estaba conversando, me vio y se acercó de inmediato. No lo conocía. En Facebook había visto solamente fotos de sus hermanas.

- Adelante, Ernesto. Muchas gracias por acercarse. Soy el hijo de Orlando. Lo conozco por las redes.

Pensaba que era a mí a quien correspondía dar un saludo efusivo, que la direccionalidad del gesto debía inaugurarla yo, pero Joaquín se había adelantado, viniendo hacia mí, sin darme tiempo a nada. Me dio más que un abrazo.

- Pensábamos que por ahí estaba en Santa Fe o en algún viaje. Papá siempre nos hablaba de usted.

Divisé a Mercedes y a Gabriela, que se encontraban en la otra sala, al lado del cajón cerrado, sobre el que habían puesto un retrato de Orlando que me resultaba familiar. Seguramente alguna vez lo habría puesto como perfil en Facebook. Se acercaron y nos saludamos con la misma calidez.

- Las conozco desde hace mucho tiempo.

- Nosotras también, y mire dónde venimos a encontrarnos. Una pena que papá no haya querido festejar los 80. Seguro ahí nos hubiéramos conocido. Justo yo estaba afuera y él así no quería. Después me vine, fuimos postergando y nos agarró esto, que nos tomó de sorpresa.

Me ofrecieron café y medialunas y me explicaron que habían puesto la música que le gustaba a Orlando. Había un bafle de última generación con lucecitas

intermitentes. Imposible no recordar la devoción de Orlando por Nelly Omar y alguna que otra imitación.

- *¿Vos ibas a bailar tango con papá?*

Me vi bailando con él y pensé que no hubiéramos hecho un buen papel porque no hubiéramos llegado a tener una actitud sensual: la risa nos jugaría en contra.

- *No, Mercedes, pero más de una vez lo esperé a la salida del taller. Qué linda la foto que pusieron.*

- *No sabíamos cuál poner. Anoche pensamos que vamos a mandar un whatsapp a todos los amigos y les vamos a pedir que nos manden fotos, si tienen.*

- *Qué buena idea.*

- *¿Tenés?*

Recordé una impropia. Orlando y yo en el sauna, retratados por la cámara de un celular que recién había comprado, sobre el fondo de los guardarropas pintados de rojo. Ambos con el torso al descubierto y en abierto contraste: no sé si se destacaban más sus canas o la coloración oscura de mi cabeza (horrible), que tenía con un colorante llamado *Just for Men*.

Me inquietaba la situación, temía que siguieran las preguntas. Estaba siendo tratado con un grado de familiaridad que me sorprendía. Empecé a sentir que era una especie de pieza finalmente recuperada para el cuadro familiar, y que para entrar en esa nube de afecto no hacían falta las palabras, bastaba con las presunciones. Pedí permiso para ir a saludar a Orlando. Estaba solo frente al cajón. A un costado, una corona grande con la leyenda de los tres. Me tildé otra vez mirando no sé qué hasta que sentí que me tomaban del brazo. Una señora entrada en años, vestida de negro, alta, elegante, con base de maquillaje, cejas y pestañas ennegrecidas a

más no poder, me dio la bienvenida. Tenía el pelo corto y la mirada seria como la actriz Susana Campos en sus últimos años. Era Elsa:

- Tuvimos una excelente relación. Nacieron los chicos y crecieron bien. Los criamos bien. Después Orlando tomó una decisión. No lo hablamos porque era muy reservado y porque yo también tenía que respetarlo. Si él no quería hablar, yo no tenía por qué preguntar. Dijo que se quería ir de casa de un día para otro. No sé, como huir. Igual, siempre estuvo presente con los chicos, que era lo importante. Después cuando fueron grandes no nos vimos mucho pero siempre nos tratamos con respeto. ¿Usted cuándo lo conoció?

- Nos conocimos no hace mucho, en un ciclo de cine argentino en el MALBA.

No era cierto, hacía muchos años que conocía a Orlando. Mi radar lo registra con anterioridad a recibirme de sociólogo, en 1996, en un departamento antiguo sito en la calle Libertad, cruzando avenida Corrientes. Ahí funcionaba la casa *Lugar Gay de Buenos Aires*. Néstor Talento, el dueño, había militado en una de las primeras organizaciones de Buenos Aires de la que se retiró para crear ese espacio que combinaba bohemia, política, talleres de reflexión y actividades recreativas, como ver películas de la temática. Siendo aún estudiante, ahí di mi primera charla sobre la vida de los gays, gentilmente alentado por Carlos Barzani, un psicólogo en ese momento recién recibido, que todavía está activo con la causa (y que la semana pasada se casó).

Con Orlando congeniamos enseguida, aunque no llegamos a ser amigos. Cuando terminaba una proyección nos buscábamos casi con exclusividad, copa de vino en mano. El cine argentino de la época clásica era motivo para largos intercambios que, además, lo estimulaban a traer anécdotas difíciles de olvidar. Las contaba generosamente. Parecía regalarlas para mi regocijo y como homenaje a las estrellas que adoraba.

- En los ochenta, yo trabajaba todavía en el banco, en Martínez. Un día entra a mi oficina la Coca Sarli. [le dice] Orlando, imagínese que Armando en vida

se ocupaba de todo. Yo no entiendo nada, estoy tan aturdida. No sé hacer ni un cheque. Usted, Orlando: ¿no me enseñaría? ¿Sería tan amable?

- Claro que sí, señora.

- Gracias, Orlando.

El lugar de encuentro pronto dejó de funcionar en el centro. El dueño compró una casona en San Telmo, en la calle Defensa, en diagonal a la Plaza Dorrego. Tenía en mente diversificar el espacio, que comenzó a funcionar como el primer *bed & breakfast* de la ciudad para turistas y, en paralelo, ofrecía las instalaciones para bailar “tango entre muchachos” (así se promocionaba el ciclo por los circuitos del ambiente), participar de talleres de reflexión y cenar los días sábados. Las cenas venían luego de los talleres, aunque eran independientes. Pero tanto Orlando como yo aprovechábamos todo. Entrábamos a las siete de la tarde y nos íbamos casi a medianoche, tras cinco horas de resocialización interactiva para entrar sin miedo en un mundo que era nuevo para nosotros.

Lo recuerdo –se estaba divorciando– escuchando atentamente en los talleres, asimilando consejos para gestionar su nueva vida, después de los 50. Por aquellos años, el divorcio y el matrimonio paralelo eran temas recurrentes en las charlas que ofrecían las organizaciones. Pero no hablábamos sobre esas cuestiones cuando terminaba el taller. Yo pensaba que para Orlando había sido demasiado todo lo que había escuchado, que ya sabía que debía empezar a elevarse desde cero, y que, justamente por eso, en ese momento necesitaba un relax rápido: entonces volvía el cine argentino.

- Dicen que Mecha Ortiz era muy desprendida. Les prestaba joyas a las principiantes que no tenían qué ponerse cuando iban a los estrenos y después no se las devolvían. Pobre Mecha... qué imprudente. Una veterana tirándole flores a los chanchos.

Fines del siglo XX. Dejé de ir a San Telmo y, por muchos años, no supe más de Orlando. Pero ahora no puedo evitar recordarlo en medio de una bruma tibia

como si eso no hubiera sucedido, como si, en realidad, hubiéramos sido ininterrumpidamente biógrafos el uno del otro, testigos benevolentes de nuestras andanzas por todos los rincones imaginables de la patria chica. Me resulta reconfortante adivinar su silueta cruzando con sigilo a contraluz las pantallas de los cines porno, o en un sauna entrando a participar de un magma de cuerpos resbalosos, suspendidos en el punto cero de la realidad por el beneficio etéreo del *popper*. Quién sabe si no habremos estado juntos más de una vez.

Orlando reapareció en mi vida quince años después, en circunstancias que no había llegado a imaginar ni por asomo cuando dejamos de vernos, circunstancias personales, laborales, políticas, todas juntas. A pesar de que mi familia había comprado expresamente un departamento para que estudiáramos en Buenos Aires, hacía tiempo que yo era un inquilino. Y un inquilino que no se imaginaba viviendo con nadie. Valoraba la soledad, que para mí significaba, sencillamente, reducir el ruido ambiente de las voces que me rodeaban. Sabía que si silenciaba el mundo escucharía la voz de mi interior. A tal efecto, siempre colocaba espejos en los lugares donde vivía. Espejos grandes para mirar el movimiento de los labios y redoblar la ilusión.

Para mantener mi independencia residencial necesitaba mantener mi independencia económica, algo nada fácil para un *single* en los noventa y tras la crisis del 2001. Eso hizo que debiera agarrar trabajos de todo tipo, varios de ellos en librerías, algunos humillantes. No me importaba: me consolaba con la victoria moral de no depender de la asignación económica familiar y, sobre todo, de coger cuando quería. Me recibí de sociólogo vendiendo libros usados en un puesto del Parque Rivadavia, un trabajo triste pero que, al menos, me liberaba de las experiencias anteriores en el rubro. Estas circunstancias de escasez hicieron que mi relación con la universidad fuera problemática y fuente de grandes dilemas que llegaron a provocarme una crisis de salud mental, de la que me sacó el doctor Miguel F.

No sabía qué hacer. En la Facultad, el legendario profesor Floreal F. me decía que tenía condiciones para seguir la carrera académica yéndome al exterior.

Me agradaba la idea, pero me situaba ante el abismo: el regreso implicaría no tener trabajo seguro y temblaba al pensar que no tendría un lugar propio y volvería a depender de mi familia. No estaba dispuesto a asumir el costo. Me había vuelto muy conservador con lo que había logrado.

Tampoco lograba imaginarme como un intelectual a tiempo completo. Quería dar clases y escribir, ni más ni menos. Empecé a mandar cartas por correo postal que escribí con mi primera computadora. No recuerdo cómo habré hecho para conseguir las direcciones. Las enviaba a profesores de la universidad que eran conocidos en ese momento. Llegaba a casa y lo primero que hacía era escuchar el contestador automático, pero nada. Fue un período muy difícil.

Hasta que un día recibí el llamado de la profesora Sara L., que me citó en su casa, frente al Jardín Botánico, y mi vida profesional despegó, como si ella me hubiera sentado arriba de un resorte. Empecé a trabajar en la universidad y luego tuve más trabajo, el que me ofreció el profesor Agustín S. Una fuerza cósmica había unido el resorte de Sara con el de Agustín y mi situación laboral traspasó el techo de mis expectativas. Por intermedio de Sara conocí a Estela F., una colega que tenía una pequeña editorial. Me sentía medianamente seguro de mi futuro, de manera que, aunque significara quedarme sin un centavo de ahorros, le propuse publicar un libro compartiendo los costos. Se llamó *La cuestión gay. Un enfoque sociológico*, y apareció hace 18 años, en 2006.

Había pasado de vendedor callejero a docente universitario y escritor. Me preguntaba si estaba soñando despierto. Me llamaban de los medios, aparecía en los diarios y los lectores me escribían por mail. Todo en menos de cinco años. En 2010 apareció otro libro: *Los últimos homosexuales. Sociología de la homosexualidad y la gaycidad* (reeditado en 2021). Me demostró que tengo cierta habilidad para poner títulos y subtítulos. Tal vez por eso se comunicaron desde el diario más vendido de la Argentina y publicaron, un domingo, una nota a color de dos páginas. Tengo entendido que papá la leyó sin pronunciar palabra. Ahí empecé a entrevistar a gays mayores porque quería armar una reflexión que anudara el cambio social y el cambio en la subjetividad. En 2016, tras conocer a Ivana T., cambié de editorial y publiqué *El tiempo no para. Los últimos homosexuales cuentan la historia*. En esta oportunidad, quise hacer menos teórica la aproximación a cómo el cambio social

transformaba la vida de los gays a un punto tal que prácticamente todo el libro está basado en entrevistas –más de sesenta– que hice a personas que tenían entre cuarenta y setenta y dos años.

En 2009 había instalado Facebook que, desde el minuto uno, formó parte de mi cotidianidad y fue central –más que los circuitos académicos– para que los libros circularan. Me escribía mucha gente. Recuerdo, en particular, mensajes de padres y madres de gays y lesbianas, preocupados por el bienestar de sus hijos, pidiéndome algún consejo para ayudarlos a salir del armario sin que eso significara una intromisión por parte de ellos. También, mensajes de gays mayores de varias provincias animándome a que hiciera una investigación lejos de Buenos Aires. Me gustaba mucho esa clase de comunicación y pensé que sería acertado buscar entrevistados por ese medio para *El tiempo no para*. Desde el Suplemento SOY del diario Página 12 me habían ofrecido publicar la convocatoria, que reproduje en mi muro. Había sido relativamente sencillo conseguir testimonios de gente para cubrir la cuota de menor edad. Por eso en el aviso se hablaba de 55 años o más:

Convocatoria. Ernesto Meccia, sociólogo y colaborador de este suplemento, busca voluntarios para participar de entrevistas confidenciales que serán parte de su nuevo trabajo. Los candidatos deberán ser varones homosexuales de más de 55 años, vivir en Buenos Aires o su región metropolitana desde 1983 y, en lo posible, no desarrollar en la actualidad actividades formales en organizaciones LGTBI. Para contactarse con él escribir a: ernesto.meccia@gmail.com²

- *Querido Ernesto: no sé si te acordás de mí. Soy Orlando Parisi, nos conocimos hace mucho en Lugar Gay de Buenos Aires. Hablábamos de cine argentino. Te sigo por Facebook. Un amigo me regaló “La cuestión gay” y fui a buscarle a Internet. Vi que estás muy activo en la universidad. Era lo que vos querías. Te felicito. Te escribo porque vi el aviso que publicaste. Si querés po-*

² Ver: <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/soy/1-2803-2013-02-08.html>

demos hacer una entrevista. Ahora estoy viviendo por Floresta. Podemos buscar un lugar que nos quede bien a los dos. ¿Qué te parece? Un abrazo, Orly.

Soy un fugitivo del pasado. No me caen bien los muertos vivos. Qué se yo. Muchas veces hago cuentas pensando cuántas personas que fueron testigos de los trances más tristes de mi vida estarán vivas, como si quisiera cargar solo con los peores recuerdos, que son los que me avergüenzan. Parece mentira que no me los pueda sacar de encima, ni siquiera ahora, cuando trato de escribir sobre el tema, tras años de haber leído mantras pedorros que dicen que la escritura libera. No es verdad: me hace más consciente, que es distinto. Como pensaba Didier Eribon (2017) se puede haber escrito sobre la vergüenza y no haber logrado superarla.

Me gusta Facebook, solo le criticaría que los usuarios no contemos con una función para que no lleguen solicitudes de amistades de quienes no quisieron comprender, o de los canallas que hoy se disfrazan de corderos de la convivencia y de la amistad recuperada y cuando éramos compañeros en el colegio me escupían porque no sabía jugar al fútbol. Yo quiero poner en valor el derecho al olvidarme de quienes me miraron desde arriba.

Pero el mensaje de Orlando era distinto. Venía del pasado, ciertamente, pero cuando nos conocimos él era un par. Los dos estábamos en el llano o, como decía Erving Goffman (1989), éramos “compañeros de infortunio”. Él tenía cincuenta y estaba transitando, más de veinte años después, lo mismo que yo. Por supuesto, el peso de la transición no era el mismo: a la cuestión de la edad, sumaba un matrimonio que no funcionaba y la presencia de los hijos, con todos los quilombos que, en ese momento, eso representaba para la autoimagen de un hombre que empezaba a ser gay en la madurez. Orlando caminaba en medio de una guerra de imágenes entre lo que debió ser y lo que empezaba a imaginar. Yo, en cambio, pude imaginar más cosas desde más temprano. De todos modos, cuando nuestras vidas se cruzaron los dos estábamos en la misma: buscando una imagen nueva en la que acomodar la apariencia. Y nos encontraríamos en unos días, quince años después. Después de la tormenta.

Nos encontramos un viernes al atardecer, en el bar de la esquina de casa, sito en Yrigoyen y Quintino Bocayuva, en Almagro. Hice muchas entrevistas en ese

lugar y también ahí me reúno con profesores y estudiantes de la facultad. Lo vi entrar desde la mesa. Orlando ya estaba cerca de los 70 o los había cumplido hacía poco. Lo noté igual. Alto, delgado (la camisa dentro del pantalón), coqueto, la piel como si nada. Creo que la única diferencia se notaba por el cabello y la barba rasurada, más blancas que cuando nos frecuentamos. Nos dimos un abrazo, se sentó. Nos mirábamos sin ningún sentimiento de extrañeza, sin apurar las palabras que teníamos, como si todo el tiempo que estuvimos sin vernos nos hubiera dado ideas reposadas sobre lo que habíamos vivido que, más tarde o más temprano, íbamos a compartir. Creo que la sensación de que el nuestro sería un reencuentro duradero fue recíproca.

Se había separado definitivamente de Elsa hacía ya bastante, Joaquín tenía dos hijos, Mercedes y Gabriela habían terminado la carrera universitaria. Estaba contento por eso. La situación económica no era buena pero tampoco era mala. Me contó que tuvo problemas con el trámite de la jubilación pero que, aun así, vivía bien, alquilando el departamento de un amigo en Floresta.

- No me aburro para nada. Voy al gimnasio. Veo mucho cine en casa, por la tele y por la computadora. Me hice amigos que consiguen entradas para ir al cine o al teatro y voy a bailar tango a un centro cultural que está cerca de acá, en Treinta y Tres Orientales, pasando la vía. No sabía que vivías por acá.

- ¿Va gente gay?

- No, que yo sepa. Igual, es un lugar nada que ver. La cosa gay es en otro lugar. No lo debés conocer porque no te vi y vos sos salidor de antro. Lo tenés cerca, también.

- ¿Cuál es?

- Es Homo Sapiens, el sauna de la calle Gascón. Fijate que está en Internet. Se llena de gente grande, pero te digo grande de mi edad, y lo mejor es que también van criaturas que gustan de los maduros. Ahora que nos encontramos, un día podemos ir. Se pone picante los domingos a la tarde. Hay que ir antes de las cinco porque si no tenés que hacer cola.

- Sí, me habían contado de *Homo Sapiens* pero todavía no fui. Voy a *A Full*, el que está en Viamonte.

- Lo conozco, pero no tiene comparación. Lo de Gascón es un caso único. Van todos chicos de barrio. Parece un potrero. Trabajan en alguna obra, en vigilancia privada, en algún supermercado. Salen y se meten ahí. Te siguen a sol y a sombra. No sabés el homenaje que te hacen. Una vez me quedé a dormir la siesta con uno. Hay un chico que trabaja de mozo acá nomás. Re macanudo. Te lo voy a presentar.

Había pensado que el reencuentro sería distinto. No era que me sintiera defraudado ni nada por el estilo, pero imaginaba que Orlando iba a referirse más a su vida personal y familiar, que haría un *racconto* sobre lo que había implicado empezar a vivir plenamente como gay, luego de su separación. Probé con alguna pregunta, pero giraba el volante para el anecdotario sexual. Luego empecé con alguna que otra pregunta para el libro y hacía lo mismo. Pero me sentía tan a gusto que me dejé llevar. Además, tenía claro que si insistía podía producirse un cortocircuito en la comunicación y que Orlando sentiría que se quedaba sin interlocutor. Si lo pensaba desde la metodología haría mal, porque seguir preguntando sobre lo que (al menos ese día) Orlando no quería hablar significaba meterme con aquello de lo que sí quería hablar: el éxito sexual de un viejo gay con los pendejos. ¿Cómo iba a interrumpir ese flujo de conciencia que iba a contracorriente del imaginario lastimoso sobre la vejez? Orlando me estaba utilizando para afianzarse en esa imagen suya y yo debía darle *quorum*.

Había oscurecido. No daba más para café.

- ¿Querés que pidamos una pizza? [preguntó Orlando].

La conversación siguió con el cine argentino. Me contó que iba seguido al cine Gaumont porque había descuento para jubilados, pero que se aburría con la mayoría de las películas y que lo hacía como una rutina para salir de su casa. Yo ya me había olvidado de la entrevista que originalmente quería hacerle. Era lo más

prudente y, sobre todo, lo más justo. En el medio, se mezclaban las películas de la época clásica y su sorprendente conocimiento de la vida de las divas.

- Rosita Filippón había arreglado con los Mentasti. El día en que se iba a firmar el contrato, Rosita no se sentía bien. Lo llamó a Atilio y le dijo que no suspenda y que le mande a la casa los papeles para firmar. Mandó a un cadete. Dicen que la vieja se lo re montó y que le dio una propina importante. Y cuando se iba le dijo: "andá a contar tu hazaña, pibe. A ver quién te va creer que te encamaste con la Filippón y te adornó con plata".

Se había hecho tarde y, como suele pasarme cuando las entrevistas son largas, correspondan o no con lo que desee investigar, me dolía un poco la cabeza. Era hora de terminar, con la tranquilidad de que con Orlando nos volveríamos a ver porque habíamos recuperado nuestro vínculo. Me pidió disculpas.

- Creo que todo lo que te conté no te sirve para lo que querés hacer. Pero la podemos seguir, la próxima me voy a concentrar. Pero no me sale hablar mucho de mi vida. Más que decirte que los chicos están bien, no sé qué te puedo decir.

- No te preocupes, Orlando. Vamos viendo. Por ahí te puedo dar una tarea para la próxima: que te vayas imaginando la vida de los gays en Buenos Aires desde la dictadura hasta el día de hoy y que me vayas contando si las cosas cambiaron y por qué cambiaron.

- "De la dictadura al matrimonio igualitario". ¿Podría ser así el título de la tarea?

- Perfecto. ¿Qué te parece?

- Está bueno. ¿Vas a ir al sauna?

Nos encontramos el domingo en Avenida Corrientes y Gascón. Fuimos caminando. En el sauna había cola para entrar. Una fila de señores que habían pasado los cincuenta –la mayoría largamente– esperaba en silencio, pero sin calma: miraban con inquietud el cortinado rojo opaco que separaba la entrada del templo propiamente dicho para ver si alguien salía. Si esto sucedía, un guardarropa se había desocupado y la cola, aunque por goteo, podía empezar a moverse. De lo contrario no se permitía la entrada.

- A mí me tendrían que tratar como a un socio fundador acá, pero el tipo de la entrada es medio forro. Acordate siempre de traer cambio porque si no tiene, por más que te conozca, te hace esperar hasta que haga el vuelto con los que están atrás de vos. Olvidate que alguna vez te vaya a saludar. Yo vivo acá y todavía no logré arrancarle un saludo. Los que son macanudos son los toalleros pero a veces no te dan más que el taparrabos y una toalla sola y se te puede complicar si andás con buena racha. Pero no es culpa de ellos, es de los dueños. Hay uno que te va a gustar.

El sauna tenía tres plantas y funcionaba en una enorme casona antigua rectangular. Recuerdo que, sorprendido, a medida que atravesaba los ambientes, pensaba que el templo no tendría fondo, como si me hubiera percatado de que me esperaba un túnel oscuro e interminable, de cuyos costados saldrían eléctricas manos invisibles que me sacarían de circulación para hacerme comparecer desfigurado ante otro cuerpo en condición similar. Orlando advirtió que había subido mi temperatura y que era momento de separarnos. Comprendía a la perfección –como la mayoría de los gays, pienso– que la búsqueda es un placer silencioso y solitario.

- Después nos vemos.

Nos reencontramos en la planta alta, donde había cuartos oscuros y también ambientes iluminados para la tertulia. Orlando estaba conversando con unos gemelos sordos muy bellos que yo había visto muchas veces en el sauna de la calle Viamonte. No quise interrumpirlos, pero se excusó y vino hacia mí. Nos sentamos en un sofá deteriorado. Conversábamos sin mirarnos, como suele suceder en luga-

res como ese, donde los ojos buscan en los cuerpos de la pasarela retazos de alguna imagen que se tiene en la mente. De repente, se levantó y me pidió que lo espere. Apareció pocos minutos después, sonriendo, con un muchacho veinteañero que era un calco del futbolista Julián Álvarez, o de un hermano menor. Tenía la cabellera firme, esculpida como un jopo en la parte superior y rasurada a la altura de las sienes, algunos rastros de acné reciente, la cara seria. Orlando, mucho más alto y cubierto el pecho de canas, le puso una mano en el hombro y empezó con un bon-dadoso discurso publicitario. Estaba con el mozo de quien me había hablado en la esquina de casa.

- Ernes, éste es Ezequiel, te lo presento. Le gusta la gente grande. Nosotros ya nos conocemos. Te lo recomiendo. Es una buena persona, un muchacho completo, por fuera y por dentro. Me dijo que te vio abajo y que le gustaría tener algo con vos, pero quiere que sea ahora. ¿Vos te estabas por ir?

El chonguito me dio la mano.

- Mucho gusto. ¿Cómo le va, señor?

Fuimos a comer pizza a Imperio, en la esquina de Corrientes y Medrano. Orlando preguntaba como andaba con el trabajo de los contactos para hacer entrevistas. Le conté que era muy dificultoso, que conseguía mucho ruido y pocas nueces: la gente se contactaba por el messenger de Facebook manifestando interés y luego desaparecía, o me daban la entrevista pero luego me llamaban arrepentidos y solicitaban que las anule, o me daban la cita y cuando les pedía permiso para encender el mp3 me pedían que no lo haga.

- Yo te puedo dar una mano. Al sauna van muchas personas que conozco que entran en lo que andás buscando. Es un semillero de gente grande. Si querés, empecé a venirte los domingos y te los voy a ir presentando.

- *Gracias, Orlando.*

Algunos entrevistados de *El tiempo no para* llegaron por esta vía.

Yo estaba expectante porque quería retomar la entrevista, en realidad, comenzarla. En la esquina de casa había sucedido algo instructivo pero distinto. No debí esperar mucho. Orlando me dijo que había estado pensando en la tarea que le había dado: imaginar la vida de los gays en Buenos Aires desde la dictadura hasta la actualidad y pensar si las cosas cambiaron y por qué. Se despachó con una teoría estratificada del cambio social. Alucinante. Primero, la vida de los gays había cambiado por la televisión, el cine y las figuras del mundo del espectáculo, como Sandra Mihanovich. La gente se identificaba con los ídolos populares y, como cada vez había más artistas como Sandra que salían del armario, las personas se iban relajando y empezaban a pensar que la homosexualidad no era algo raro. Segundo, porque hubo militantes que fueron dando la cara y poniendo el cuerpo. Nombró a los hermanos Jáuregui y a Mariela Muñoz. Y tercero, porque el kirchnerismo se sumó como un viento de cola a los cambios que ya estaban en marcha por los factores anteriores.

- *¿Ya a vos te cambió la vida, Orlando?*

- *Mucho. Igual, hay cosas que no cambian para la gente de mi edad. Y tampoco me voy a matar para hacer cosas que por ahí están bien pero que no siento. O será que por ahí no me animo. Qué se yo. ¿A vos qué te dice la gente que entrevistás?*

El tono de Orlando se iba poniendo íntimo. Le había preguntado por los cambios de su vida en general y él giraba el volante de los recuerdos hacia un tema casi excluyente: la salida del armario, que empezaba a tematizar de un modo estricto. Para él, eso era el equivalente a hablar de la relación con los hijos. Orlando hablaba de sus acciones combinando justificaciones y autorreproches, dejando afuera cualquier tipo de reivindicación. Se lo escuchaba zigzagueante y severo consigo mismo.

- Yo tengo amigos que fueron gays de grandes, como yo, que estuvieron casados y tienen familia. Un día juntaron a todos los hijos, como en una película, como si les fueran a leer un testamento y les dijeron que eran gays. Yo no lo haría, me parece que no tengo derecho. Los pondría ante una situación por la que no sé si hubieran querido pasar. Sería como si no les hubiera dado otra opción. Si los citaba era para que me escucharan y no sé si tiene que ser así. Tengo que ser cuidadoso porque nunca se sabe. Pero no es que yo piense que está mal salir del armario. Nada que ver. Está todo bien. Lo tengo como una deuda conmigo mismo.

Orlando se movía –mejor dicho, se removía– entre sus recuerdos, probablemente dramáticos. En paralelo, hacía operaciones micro discursivas para valorar en abstracto la salida del armario. Tantas veces pensé en esa entrevista –sin grabar– en la pizzería. Él había sacado el tema –era un problema la salida del armario–, acto seguido, él se escapaba de ahí: “está todo bien”. Pensaba que no tenía derecho a seguir escarbando en algo que lo perturbaba, que era impropio de alguien empático estimularlo para que vaya de visita a momentos de su vida donde encontraría imágenes que no querría volver a ver, pero esa idea –“no revictimizar”, dirían algunos colegas– se tensionaba con otra: pensar que como sociólogo podía hacer un trabajo parecido al de la partera, como decía Pierre Bourdieu (1999), ayudando a sacar lo que se tiene adentro para liberarse. En paralelo, recordaba el terror que me invadía (y me invade) cuando presiento que alguien quiere saber detalles sobre mi pasado, porque no tengo más que imágenes de humillación para ofrecer, y no sabía si estaba proyectando sobre Orlando mis ansias de li-poaspiración. Tal vez, justamente, él me había buscado tantos años después porque quería hacer lo contrario: ir de visita, pero acompañado, a ese mundo inmanente de recuerdos que los humillados sabemos que siempre está ahí.

- ¿No saliste del armario con tu familia?

No sé si la pregunta, torpe y brusca, la dirigí más a él o a mí. Pero a veces, hasta con maniobras dudosas, las cosas salen bien. La madeja se empezaba a desenredar.

- No sé si estoy afuera o adentro. Pero yo hice mi parte. Ahora lo que hace falta es que me pregunten y yo no voy a mentir.

Orlando había abierto una cuenta en Facebook hacía unos años. Me contó que compartía contenidos que sacaba de las cuentas que homenajearon a las grandes estrellas del cine y de la canción. Otros contenidos formaban parte de una efeméride colectiva del mundo del arcoíris: compartía links de distintos muros para recordar la muerte de Freddie Mercury, Pier Paolo Pasolini o Jorge Donn. También, notas del suplemento SOY del diario Página 12 cuando algún episodio de discriminación sacudía la vida cotidiana de la patria chica.

- También te tengo a vos. Yo te reencontré más o menos cuando sacaste “La cuestión gay” y después muchas veces cuando das alguna charla en la universidad o subís algo, te comparto en mi muro. Cualquiera que vea mi Facebook puede darse cuenta de la vida que llevo. Mis hijos son amigos y pueden ver todo lo que publico. Saben quién sos vos. Lo que a mí me gustaría es que ahora ellos vean y me pregunten, yo no les voy a mentir. Pero que se tomen su tiempo y me pregunten cuando estén preparados.

Dijo que “me tenía a mí”: fue una declaración tan colosal que ahora, cuando la recuerdo, me parece escucharla por primera vez. Resulta que yo estaba frente a un internauta de más de 70 años, nacido diez años antes que la televisión en blanco y negro, un usuario de la web 2.0 que trataba de manipular contenidos públicos para hacer saber al mundo que era gay. Imaginaba la extrañeza con la que habría empezado a navegar. Y, aun así, ahí estaba, porque necesitaba poner su mensaje dentro de la botella para que llegara a la otra orilla. Orlando estaba fabricando, nada menos, que su propio “espacio biográfico”, como decía Leonor Arfuch (2002). Lo miraba y recordaba que, por el tiempo de nuestro reencuentro, algunos colegas del mundo académico ya andaban diciendo que el armario, bien visto, podía ser un refugio, porque la salida del armario era una trampa siniestra en la que caían los pobres putos desprevenidos para reconocerse como gays, asumiendo que lo gay era una ficción urbana, blanca, de clase media y cosas por el estilo. Dios mío. Ob-

viamente, me prohibí comentar estas cuestiones minúsculas a Orlando, el gran internauta que quería ser gay.

Otros colegas, en cambio, me habían inspirado para pensar la salida del armario. Mario Pecheny (2004) decía que la “secreción” era una propiedad tan común como paradójica del secreto, queriendo significar que quien guarda un secreto también puede buscar formas indirectas de relevarlo, como para alivianar el peso. Más tarde, en un texto de Andrea Lacombe (2016), me encontré con una frase de una entrevistada lesbiana de la misma generación de Orlando. Hablando sobre su familia y su permanencia dentro del armario, le expresó: “*ellos fingían que no sabían, yo fingía que les creía*”.

Era tardísimo. Nos dimos cuenta por los movimientos de los mozos. Le agradecí mucho a Orlando. Quedamos en vernos el domingo siguiente y hacer lo mismo: tarde de sauna y cena para seguir conversando. Tomamos un taxi: yo bajaría en Rivadavia y Gascón y él seguiría hasta Floresta:

- Los chicos eran chicos todavía. Alquilamos con Elsa una casa en San Clemente. En la otra cuadra estaba parando Hilda Bernard. No era tan conocida todavía. Un día fui a la panadería, la vi y la saludé. Muy agradable y cariñosa. Otro día, salimos los cinco a dar una vuelta por la peatonal a la noche y nos cruzamos otra vez. Les dio un beso a los chicos.

No nos dejamos de ver desde nuestro reencuentro en 2013. Orlando no solamente testimonió para *El tiempo no para*, sino también para otras investigaciones más pequeñas, y cada vez que podía me presentaba algún candidato para ser entrevistado. Vino a las presentaciones de mis libros y a unas cuantas charlas. Escribo estas palabras finales y lo estoy viendo entrar a las aulas. Cuando me operaron por una hernia de disco se ofreció para quedarse conmigo:

- Me quedo con vos. Lo único que me gustaría es no dejar a Pinky sola en casa.

- *No hay problema, Orlando. Encantado.*

Mirábamos Youtube en el televisor grande, en el living. Whisky, calor y ventilador. Una noche buscamos nuestras canciones preferidas. Puse *El cosechero*, por Ramona Galarza.

- *¿No escuchaste la versión de Liliana Herrero?*

- *Qué ocurrencia, Orlando. Yo soy clásico. Y vos sos igual: no te imagino escuchando "La pulpera de Santa Lucía" si no la canta Ginamaría Hidalgo.*

Transitó bastante bien la pandemia. Me contó que los hijos lo cuidaban mucho y lo llamaban todos los días para pedirle especialmente que no se moviera de la casa. Ellos le hacían las compras y le alcanzaban todo lo necesario. Pero extrañaba el sauna, que estuvo un largo tiempo cerrado. Me llamaba contándome los muchos rumores de reapertura que circulaban por la patria chica y preguntaba si yo sabía algo.

La última vez que nos vimos fue en el bar de la esquina de casa, hace más o menos cuatro meses (en ese mismo lugar nos habíamos reencontrado diez años atrás). Yo había empezado una investigación sobre los viejos gays y el uso de las tecnologías digitales y, como tantas veces, quería darme una mano. Vino con un amigo de su edad de Santiago del Estero, de paso por la ciudad, que había cosechado en el sauna por esos días. Les hice una entrevista conjunta con el celular. Tengo ganas de volver a escucharla, pero todavía sigo postergando la cita.

Dicen que es difícil recordar sin inventar, pero cuando fui al velatorio sentí que los hijos me habían tratado como a un familiar y que él había trabajado mucho para eso.

Gracias, Orlando.

Bibliografía

Arfuch, L. (2002). *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Bourdieu, P. (1999 [1993]). Comprender. En: *La miseria del mundo* (pp. 527-556). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Eribon, D. (2017 [2013]). *La sociedad como veredicto. Clases, identidades y trayectorias*. Buenos Aires: El Cuenco de Plata.

Goffman, E. (1989 [1963]). *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.

Lacombe, A. (2016, 22 de julio). Preferiría no hacerlo. *Página 12*. Buenos Aires, Argentina. <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/soy/1-4654-2016-07-22.html>

Meccia, E. (2006). *La cuestión gay. Un enfoque sociológico*. Buenos Aires: Gran Aldea Editores.

Meccia, E. (2016) *El tiempo no para. Los últimos homosexuales cuentan la historia*. Santa Fe - Buenos Aires: Ediciones UNL - EUDEBA.

Meccia, E. (2021). *Los últimos homosexuales* (nueva edición ampliada). Santa Fe - Buenos Aires: Ediciones UNL - EUDEBA.

Pecheny, M. (2004). Identidades discretas. En: L. Arfuch (comp.), *Identidades, sujetos y subjetividades* (pp. 131-153). Buenos Aires: Prometeo.

Sobre el autor

ERNESTO MECCIA es Doctor en Ciencias Sociales, Magíster en Investigación en Ciencias Sociales y Licenciado en Sociología por la Universidad de Buenos Aires. Profesor titular de grado y posgrado en la Universidad de Buenos Aires y la Universidad Nacional del Litoral, donde dicta “Métodos cualitativos de investigación social” y “Biografías y sociedad. Metodologías y técnicas de investigación”. Sus principales temas de interés son homosexualidad, discriminación, subjetividad, identidad e interacción social. Es autor de *La cuestión gay: un enfoque sociológico* (2006), *Los últimos homosexuales. Sociología de la homosexualidad y la gaycidad* (2011), *El tiempo no para. Los últimos homosexuales cuentan la historia* (2017), y *Biografías y sociedad: métodos y perspectivas* (2020).